

Momo pinta en la calle encapuchado y camuflado entre el gentío del sábado noche, ya que aquello era ilegal.

Se trataba simplemente de arte urbano y libertad de expresión, pero sin embargo estaba prohibido, arriesgándose a ir a prisión o pagar una multa astronómica.

Pero merecía la pena, y estaba seguro de que su estencil iba a gustar.

En él aparecía la concejala de medio ambiente del ayuntamiento de Madrid con una máscara antigás.

Hombre, Madrid nunca había sido Berlín, con hierba junto a las aceras y la gente yendo al trabajo en bicicleta, pero la verdad es que si cobraba un buen sueldo por ocuparse de las condiciones medioambientales de la ciudad, estaba claro que había descuidado por completo sus funciones.

Lo máximo que se le había ocurrido había sido cambiar de sitio los medidores para que los datos se amoldaran a las normas europeas, sin pensar que esas leyes estaban hechas como los mandamientos, por el bien de los seres humanos y no de Dios.

Él y miles de madrileños que escribían en foros ecologistas pensaban que esa negligencia debería haberle costado el puesto, como a su marido las suyas, y tenían fe en la democracia pues en veinte días habría elecciones municipales.

Se trataba de una cuestión de vida o muerte puesto que millones de personas estaban respirando veneno.

La boina de contaminación se había convertido en la noticia estrella, y a pesar de ello no se le había ocurrido mover un dedo; es decir, restringir el tráfico, y ya no digamos implantar un sistema de movilidad ciclista al alcance de todos, como el que tenían en otras grandes ciudades como París.

Él llevaba enfermo desde hacía meses, primero la garganta, luego con fiebre, después un catarro eterno, y al final se le había quedado un moqueo crónico, que según su médica era alergia a la primavera.

¿Pero que primavera si allí sólo había asfalto y por falta de tiempo no había pisado un parque desde hacía años?

Además no era el único, todo el mundo que conocía estaba igual, y lo peor de todo es que eso le consolaba, lo que debía significar que tanto dióxido de nitrógeno le estaba afectando no sólo a los pulmones.

Y pensar que no había querido fumar porros precisamente para no volverse un retrasado mental como la mayoría de los jóvenes de su generación, que entre el alcohol y los canutos estaban todos atrofiados.

Los marroquis fumaban hachís, pero eran normalmente los ancianos los que lo hacían con fines terapéuticos, bien porque le dolían los huesos o simplemente porque querían relajarse y desconectar; mientras que a los jóvenes ni se les ocurría porque lo que pretendían era estar lúcidos, en todo caso agudizar los sentidos, y todo con un fin.

Pues precisamente por eso mismo él se había hecho artista urbano, porque como para ir de tío alternativo había que fumar porros, al menos en su barrio, y él se negaba por la razón mencionada, le había dado por eso que también quedaba muy enrollado.

¿Y todo para qué?

Pues para que iba a ser, para gustarle a las pibas y follar, que sin tener coche por eso de ser ecologista significaba que te tenías que casar, como le había sucedido a él, que ahí donde lo ves tenía dos hijas y unas ganas de salir por la noche para poder tomar un poco el aire que se moría.

Y no es que el aerosol no fuera tóxico, pero al menos quedaba ahí para la posteridad, y no la laca que usaba la susodicha concejala.

Pues la verdad es que debe ser cierto eso de que el arte resulta terapéutico, piensa pudiendo milagrosamente respirar sin dificultad.